

Editorial

Es casi imposible no mirar hacia atrás al final de un año. Los informes de cierre, los balances, nos obligan a estructurar la memoria del pasado reciente. Imposible al mismo tiempo no mirar hacia adelante; después de todo, estos finales no son otra cosa que las vísperas de un año nuevo. En el caso de este que viene, el del bicentenario de la independencia argentina, el número 200 en la cuenta de la historia que lleva la mirada hacia atrás.

Sabemos que celebrar con especial énfasis el año 200 en lugar del 199 o del 203, es algo que hacemos solo en virtud de una convención, para facilitarnos la ocasión de cifrar, simbólicamente, una significación común. En este caso, a propósito de un hecho producido voluntariamente pensando en lo que, por eso, podría ocurrir de ahí en más. Lo que conmemoramos este próximo año, entonces, no sería otra cosa –y nada menos- que los primeros 200 años del inicio de un proyecto: el proyecto de una Nación; federal, moderna e independiente.

De esos 200 años que podemos contar hasta hoy, la EEAOC habrá compartido la aventura durante, con éste que viene, los últimos 107. Años de aportes a la contundente realidad de nuestras posibilidades agroindustriales. Aportes disciplinados en la lógica básica de la agricultura, que dicta: se siembra para cosechar. O, dicho de un modo

más práctico: para cosechar hay que sembrar. En los dos casos, siempre, pensando hacia adelante.

La agricultura ha propiciado el origen de las sociedades humanas. Sus lecciones siguen vigentes más allá de los límites de su propia materia. De ahí que quizá al verdadero valor de esos aportes haya que medirlo en lo que ha ido quedando en la experiencia de los múltiples actores sociales que han intervenido en los hechos consecuentes. En el caso de Tucumán y del Noroeste argentino en general, de la mano de la historia del azúcar primero y luego la de la citricultura, fundando la identidad cultural de sus habitantes en torno a la experiencia de la agregación industrial de valor a la materia prima obtenida de la tierra.

Quizá la independencia de un país no sea algo que pueda lograrse de una vez para siempre. Quizá se trate de una actitud permanente, orientada hacia el ejercicio soberano de sus facultades productivas, de su capacidad para crear, para sí y para el mundo, en concierto con los distintos actores sociales de su entero territorio.

Sabemos que esa actitud es la que ha animado el espíritu de la institución que prohiya esta revista. Y que ello implica, cotidianamente, honrar aquellos compromisos originales desde donde le toca aportar. Objetivos a los que Avance Agroindustrial –desde hace 36 años completos- pretende simplemente servir. Como un medio, atenta al mismo fin. Sabemos que podemos mejorar nuestra cosecha. Estamos, como siempre, en el inicio del porvenir.

Editor Responsable
Diciembre 2015